

EL CANTE DEL PUEBLO

tencia, cada verso es una denuncia lúcida y amarga de su situación, cada golpe de voz o de tacón el panorama mental de los recuerdos que se levantan metiendo en situación al hombre, colocándole, ojos abiertos, cuerpo desnudo, ante la tragedia. Y entonces, «no lo sabe, pero lo hace», es cuando se ha planteado su realidad, cuando se estremece, cuando necesita negarla y convertirse en creador, cuando los huesos crujen y la carne tiembla porque se desarticula un hombre moldeado a golpes desde fuera, porque se desestructura una conciencia de esclavo y renace un hombre libre, antiguo y entero, y cuando a la vez, desde lo hondo, surge nuevo y creador. El «destino» —léase subdesarrollo, servidum-

bre, moral conservadora— es vencido por un momento. Pero la rebelión ha sido un sueño en la sombra; la realidad, escamoteada nuevamente: la tragedia subsiste. La noche se esfuma y el sol de España contornea de nuevo la realidad: aparecen entonces las cuevas y chabolas, y aparece también el moderno apartamento de Torremolinos donde veranea un empleadito francés. Con el sol, pero debajo de él, contemplamos de nuevo Andalucía: su imperturbable estructura agraria, sus imposibilidades de empleo empujando cada año cien mil personas a la emigración; sus ciento diez mil obreros eventuales solamente en Jaén frente a los diecisiete mil quinientos fijos (datos de 1955); su renta «per capita», inferior en Sevilla, la provincia más desarrollada, a la media nacional de

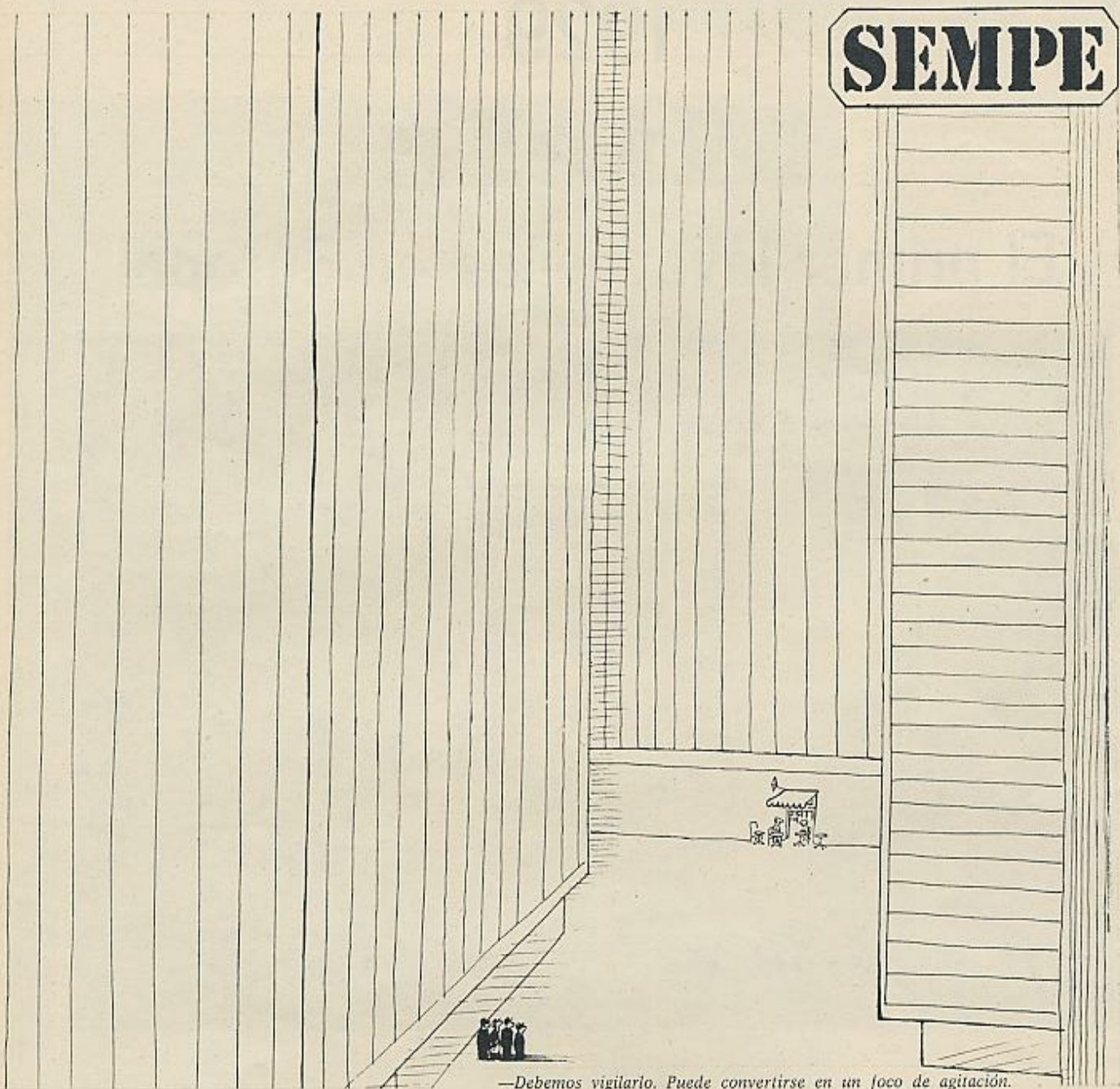
18.000 pesetas anuales, llegando a las 9.000 en Granada (datos de 1960); su renta media, inferior a los 200 dólares, que es el límite fijado para el subdesarrollo; su explosión demográfica, similar a la India; su analfabetismo, no inferior al 10 por 100, siendo una mayoría gigantesca la que apenas conoce las cuatro reglas y lee mal, poco o nada —un diario cada cincuenta personas frente a cada quince en el resto de España—; su huida a Madrid, Barcelona o Vizcaya de un 70 a 90 por 100 de obreros no cualificados, a quienes toca realizar los trabajos más duros y apiñarse en los suburbios y chabolas de la gran ciudad. Todo esto bajo el sol espléndido que cantaron y cantan los poetas y alaban los turistas. Pero qué continuar... sigue habiendo personas empeñadas o interesa-

das en ver las cosas de un modo diferente. Recordamos al respecto un chiste aparecido en la prensa hará dos años, y a cuyo autor sentimos no recordar, que se refería a la polémica por entonces planteada entre el obispo de Cádiz y el novelista Manuel Halcón. Se veían dos señoritos paseando a caballo y al fondo los braceros doblados sobre la tierra emitiendo una serie interminable de ayes: «El obispo de Cádiz y yo tenemos opiniones diferentes; mientras él dice que lloran, yo pienso que cantan».

«Todo aquel que dice ¡ay!,
es señal que le ha dolío.
Y yo digo: ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!...,
¡ay! pobre destino miolo.

(Cancionero popular)

SEMPE



—Debemos vigilarlo. Puede convertirse en un foco de agitación.

¿Es posible la simbiosis arte-pueblo?

Risa y llanto da ver las cosas de esta tierra. Hemos presenciado durante las fiestas de Nuestra Señora del Águila, en Alcalá de Guadaíra, montar un negocio en un periquete: un limón partido en cuatro pedazos, unos vasos y un botijo y ya está la industria en marcha. ¡Qué aire en los dos tajos del cortel! ¡Qué blanco mantel! ¡Qué gracia! ¡Qué genio improvisador el de los andaluces! ¡Y... qué, qué será del día siguiente! ¿Vuelta a improvisar? A la fuerza ahorcan.

¿Y la emigración? ¿Cómo no refleja hoy el cante el fenómeno de

la emigración? La mayoría de las coplas flamencas que se cantan hoy provienen del siglo pasado, etapa de culminación del cante, pero en el que la emigración andaluza descendió notablemente. ¿Pero por qué el cante no expresa hoy ni este ni otros problemas tan importantes que afectan al pueblo andaluz? Esta y otras cuestiones nos han llevado a realizar una encuesta entre nuestros mejores «cantaos». Se trataba de ver, además de otras cuestiones, hasta qué punto el «cantaor» triunfante sigue vinculado en la actualidad a la problemática social que un día dio origen al nacimiento del «duende». Para otra ocasión dejamos los resultados y juicios de valor que nos merecen.

Se ensaya, por fin, en nuestro tiempo un arte como energía, un

arte que se destruye o, más bien, que se funde con la realidad y trabaja como parte que es de ella para obrar en la totalidad. Un arte que se corresponde con instancias del pensamiento actual que afirman las gigantescas posibilidades transformadoras que posee la supraestructura como energía máxima de la realidad. Sería posible conseguir para nuestro flamenco un camino paralelo, aunque retrasado, al del «jazz». Podría esta nueva generación de «cantaos», montados sobre la industria del disco y los modernos medios de comunicación de masas, derivar como aquél en

formas diversas nuevas, que a la vez se «desclasen» y a la vez se potencian, como en el caso de la marcha multitudinaria y solemne de los negros pro derechos civiles. ¿Podría recobrase la simbiosis arte-pueblo e influir desde ella en la transformación de esta Andalucía dorada y estática? O quedará enterrada para siempre esa «pena de cauce oculto y madrugada remota». Esa pena que, como un látigo, estalla en nuestra conciencia al escuchar el cante jondo por estas tierras y pueblos de Andalucía.

F. A.

Próximo número:

ENCUESTA CON DIEZ INTERPRETES DEL CANTE JONDO